

Una Mirada Braudeliana a la Globalización

Hugo Fazio Vengoa

Universidad Nacional de Colombia

Resumen: Este artículo tiene como propósito establecer un marco de análisis sobre la globalización que permita dar cuenta del proceso en su dimensión histórica, de tal manera que se pueda entender el presente en una perspectiva más amplia. El presupuesto teórico parte del legado braudeliano de percibir la historia en una perspectiva de larga duración, como historia total, que permite crear un marco de aproximación al fenómeno de la globalización.

Palabras clave: Globalización, configuración mundial, posmodernidad.

Abstrac: *The purpose of this article is to create an analytical framework around the process of globalization that permits us to understand this process in its historical dimension, in such a way that the present can be understood in a wider perspective. The Braudel legacy parts, as a theoretical precondition, from a perception of history in a long time perspective, as total history, which permits us to create a framework for approximating the phenomenon of globalization.*

Key words: *Globalization, world configuration, posmodernidad.*

¿Por qué el abuso de metáforas? Ellas revelan una realidad emergente pero aún fugitiva del horizonte de las ciencias sociales... Las metáforas abundan ante la falta de conceptos. Nos encontramos aún apegados a un instrumental teórico construido al final del siglo XIX. Clase, individuos, Estado y desarrollo son nociones forjadas en el interior de una entidad nodal, la Nación, pero, cuya crisis se agudiza de cara a los cambios actuales (Ortiz, 1996:7).

Renato Ortiz, en su interesante libro *La globalización de la cultura*, señala que el uso recurrente de metáforas para denotar las grandes transformaciones de finales de siglo —“primera revolución mundial” (Alexander King), “tercera ola” (Alvin Tofler), “sociedad informática” (Adam Schaff), “*shopping center global*” (Theodore Levitt), “sociedad américa” (Kenichi Ohmae), “aldea global” (Marshall McLuhan), “fábrica global”, “tránsito de la sociedad de *high eavolume* a otra de *high value*” (Robert Reich), “universo habitado por objetos móviles” (Jacques Attali), “fin de la historia” (François Fukuyama), “ciudad global” (Saskia Sassen), etc.— son una evidente demostración de que estamos entrando en una nueva era, cuya realidad escapa al horizonte de las ciencias sociales.

En efecto, la mayor parte de estas disciplinas se han desarrollado conceptual y analíticamente en torno a la dimensión nacional; el mercado, desarrollo, identidad y la idea de soberanía se conciben en el ámbito de la nación o asociadas al Estado. Esto sigue ocurriendo cuando comenzamos a asistir a un periodo en el cual los grandes problemas a los cuales nos vemos abocados —flujos financieros, transnacionalización, comercio mundial, erosión del Estado nación, supranacionalismo, narcotráfico, migraciones, etc—, desbordan con creces esta dimensión y no pueden ser reducibles a fronteras territoriales específicas.

Por lo tanto, una de las dificultades que enfrentamos a la hora de tratar de entender nuestro voraginoso presente radica en que los problemas inmediatos desbordan los marcos en que se ha movido la tradición intelectual. Como acertadamente señala Octavio Ianni (1996:11), estas metáforas, que no son simples artificios poéticos, “sino una forma de sorprender lo imponderable, fugaz, recóndito o esencial, oculto en la opacidad de lo real”, son trazos fundamentales de las configuraciones y de los movimientos de la sociedad global. Si bien cada una de estas formulaciones precisa determinados aspectos de la emergente realidad mundial o pretende llamar sobre todo la atención sobre algunos de estos elementos, todas ellas tienen en común el haber sido estimulados por el clima intelectual creado por los procesos de globalización que, a la postre, los incluye y define.

En este sentido, seguramente no es del todo impropio afirmar que si la década de los ochenta transcurrió bajo la impronta del discurso de la posmodernidad y del posmodernismo, como intentos de definir nuevos marcos de lectura de nuestro presente, la década de los años noventa ha encontrado su común denominador en la globalización.

En efecto, en los medios de comunicación, en los discursos políticos y obviamente también en los círculos académicos el uso de este término se ha popularizado y se recurre a él para denotar las grandes transformaciones que caracterizan al mundo contemporáneo o para explicar por qué tal o cual política se ha vuelto una práctica corriente.

Pero, ¿Qué se entiende por globalización? ¿Cuál es la esencia de los procesos y situaciones que se asocian con la globalización?. No es unívoco el sentido que en la literatura especializada se le da al término. Algunos lo utilizan para dar cuenta de los grandes cambios que, en los últimos tiempos, han introducido transformaciones sustanciales en el

ámbito de la economía, política, sociedad y cultura en el plano nacional y a escala planetaria. Para otros, la globalización, como proceso impersonal que no se asocia a ningún país o sistema en particular, que soslaya las relaciones de poder internacional, es un buen sustituto de la difunta expresión “nuevo orden mundial”, acuñada por el entonces presidente norteamericano, George Bush, en vísperas de la guerra del Golfo, para definir el mundo de posguerra fría. En otros, la globalización se convierte en una excelente coartada que permite explicar el por qué de las políticas de ajuste o simplemente es una justificación de que nada se puede hacer por cuanto nos encontramos a merced de fuerzas y procesos que trascienden la voluntad y la capacidad de la acción política. Los últimos consideran la globalización como una nueva forma de imposición de occidente, con su cultura, tradiciones, formas de vida y consumo.

Por su amplia difusión así como por la profunda significación que se le da al término, la globalización se ha convertido en un importante referente de las relaciones internacionales contemporáneas, aún cuando valdría la pena aclarar que no se le puede asociar con fenómenos estrictamente internacionales, ya que es un proceso que abarca y vincula por igual al sistema internacional y a las diversas sociedades nacionales. En realidad, la globalización es un proceso que desdibuja las fronteras entre lo interno y externo e induce a un nuevo tipo de vinculación que articula multifacéticamente estos dos ámbitos.

En la acepción más corriente que se le da al término, se utiliza para describir la creciente interdependencia e integración que se produce entre los pueblos a raíz de las facilidades que existen para que las ideas, imágenes, productos y dinero fluyan a través de las fronteras como resultado de los recientes avances tecnológicos. Esta mayor asiduidad en las interconexiones conduce, por su parte, a una creciente interdependencia y homogeneidad y dispone a los distintos actores nacionales e internacionales hacia una mayor cooperación e interdependencia.

Si el término se ha popularizado en la década de los noventa, algunos antecedentes intelectuales prepararon el terreno para su rápida difusión. Un análisis etimológico del concepto nos remonta a finales de la década de los sesenta. En esa época, el profesor de la Universidad de Toronto, Marshall McLuhan, acuñó la expresión *aldeia global* para denotar el acercamiento que se estaba produciendo entre los pueblos a

raíz de las grandes transformaciones tecnológicas y comunicacionales que estaban poniendo en interacción directa a los individuos y las sociedades de diferentes latitudes y que estaba conformando la comunidad mundial.

Subsecuentemente, el politólogo norteamericano de origen polaco, Z. Brzezinski, Consejero Nacional de Seguridad del presidente norteamericano J. Carter, sostuvo que los cambios tecnológicos que se estaban produciendo en el planeta aunados al poderío norteamericano estaban conduciendo al surgimiento de la primera sociedad propiamente global. Esta idea se basaba en el hecho de que Estados Unidos realizaba más del 65% de las comunicaciones mundiales y había logrado universalizar su modo de vida, sus técnicas, sus productos culturales, sus modas y tipos de organización (Mattelart, 1997b:65).

En esta primera etapa, el término pretendía dar cuenta de los cambios tecnológicos y comunicacionales que estaban alterando de manera radical las sociedades modernas y acercando a los distintos pueblos en torno a patrones culturales y comunicacionales compartidos. Sin embargo, en ese entonces su radio de acción y de difusión fue limitado.

Una nueva etapa, en la que el concepto ingresó al vocabulario corriente de los académicos y estrategias gerenciales, se inauguró en la década de los ochenta con la literatura sobre las formas de gestión de las firmas multinacionales. Robert Boyer distingue, al respecto, cuatro acepciones del término, tal como se empezó a utilizar a partir de esta década. Theodore Levitt, en 1983, recurrió al término para evidenciar la creciente interpenetración de los mercados en el panorama mundial. Kenichi Ohmae posteriormente le dio un nuevo sentido a la globalización cuando la asoció a una forma de gestión de la empresa multinacional que se integraba a escala mundial. La tercera acepción se refería al hecho de que dada la extrema movilidad de la empresa transnacional, los espacios nacionales debían ajustarse a las exigencias del medio externo. En este sentido, globalización implicaba la superposición de las empresas multinacionales sobre los Estados en la definición de las reglas del juego prevaleciente en el sistema internacional. Por último, la globalización pasó a mostrar una nueva configuración de la economía internacional que se caracterizaba por la emergencia de una economía globalizada en la que las economías

nacionales se descomponían y después se rearticulaban en un sistema que operaba directamente a nivel internacional (Boyer, 1997:15).

En resumidas cuentas, durante los ochenta se produjo un brusco cambio en el significado del término globalización, de fenómeno básicamente cultural y comunicacional, se convirtió en un asunto económico y de nuevo mecanismo de interacción entre los diferentes pueblos y comunidades, pasó a ser a una nueva forma de gestión de las empresas que reorganizaban espacialmente la producción, el mercado internacional e integraban los circuitos financieros. Es decir, con esta modificación en el uso que se le dio al concepto, la globalización pasó a implicar el surgimiento de unas relaciones sociales y económicas capitalistas enteramente nuevas que determinaban en sus aspectos fundamentales el funcionamiento del sistema internacional contemporáneo (Sideri, 1997:38). La globalización en esta acepción fue la manera como los especialistas en administración y *marketing* percibían el mundo en el que se planteaba una gestión empresarial adaptada a la complejidad del medio competitivo con el objetivo de maximizar los beneficios y consolidar la participación en el mercado mundial.

No obstante sus múltiples acepciones, en la década de los ochenta e inicios de los noventa, la globalización tuvo en común el hecho de referirse a una nueva lógica empresarial y a la organización de las empresas en un mercado de dimensiones planetaria. No fue extraño que el término se popularizara en la versión inglesa, es decir, como globalización y no como mundialización. Como lo recuerda Armand Mattelart, en inglés el término global es sinónimo de holístico. A diferencia de la palabra mundialización, tal como existe en diversas lenguas latinas, que hacen referencia a una dimensión geográfica, en inglés remite explícitamente a una filosofía globalizadora, es decir, a la idea de una unidad totalizante o sistémica. La empresa global es una estructura orgánica en la que cada parte está destinada a servir al todo (Mattelart, 1997:82).

Pero, a partir de estos antecedentes, ¿cómo debemos interpretar la globalización actualmente?, ¿como un proceso que está gestando una nueva era en la historia de la humanidad?, ¿como un periodo transicional hacia la configuración mundial de la posguerra fría?, ¿como un simple nuevo estadio en el desarrollo del sistema mundial que ya lleva aproximadamente cinco siglos de existencia?, ¿como un

nuevo discurso que pretende incidir en el curso de la realidad planetaria del mundo de posguerra fría? o, sencillamente ¿como un nuevo fenómeno gerencial o comunicacional?.

De la respuesta que le demos a cada uno de estos interrogantes se desprenden disímiles perspectivas analíticas de la globalización para la década de los noventa. Algunos autores sostienen que este proceso se explica por el ingreso en un nuevo estadio de desarrollo del capitalismo (Amin y González, 1993), otros lo asocian a un mundo postmoderno (Tomassini, 1996) y los último, lo perciben como un intento de rehegemonización en condiciones en que se desvaneció la configuración planetaria de la época de la guerra fría (Gill, 1996). A su manera, cada una de estas explicaciones se fundamenta en presupuestos válidos. Pero, el problema es que la mayoría de las veces estas interpretaciones realizan una mirada tan inmediata y parcial que no permiten percibir la naturaleza real de los procesos actualmente en curso.

Por esta razón, en este trabajo nos hemos propuesto como objetivo establecer un marco de análisis que permita dar cuenta de los diferentes tópicos a los que los interrogantes anteriores se refieren. En tal sentido, somos de la opinión de que si bien el concepto es relativamente nuevo y muchas de las situaciones a las que el término remite son relativamente recientes, la globalización no puede entenderse al margen de una determinada historicidad. Esto, por su parte, no significa que sólo a través de las grandes categorías históricas se pueda entender nuestro convulsionado presente. Simplemente con ello queremos señalar que si nos proponemos visualizar nuestro presente en una perspectiva más amplia podremos comprender de modo más cabal el alcance y las orientaciones de los múltiples procesos de globalización que se encuentran en curso.

Cuatro presupuestos se encuentran en el trasfondo de nuestras inquietudes. De una parte, consideramos que el gran legado braudeliano (Helleiner, 1997), de percibir la historia en una perspectiva de larga duración, como historia total y economía mundo, etc, puede ser de gran utilidad para crear un marco de aproximación distintivo de la globalización.

Por otra parte, un análisis estrictamente conceptual, ahistórico y atemporal de la globalización puede llevarnos a reproducir buena parte de los defectos u omisiones, característicos de gran parte de los

estudios consagrados a este tema, como por ejemplo: la ausencia de análisis políticos que especifiquen la naturaleza de las relaciones de poder en el contexto norte-sur, la superficialidad del cuestionamiento al orden neoliberal impuesto por las naciones desarrolladas en los países del sur y el cierto menosprecio por las visiones que sobre estas temáticas se producen en latitudes diferentes al “estrecho” mundo anglosajón (Slater, 1995:368).

En tercer lugar, una ubicación de la globalización en su dimensión histórica nos sugiere indicios para discernir los elementos que se derivan de la ideología y los que provienen de la realidad.

Un procedimiento tal puede contribuir a esclarecer el papel que desempeña desde el punto de vista de las relaciones de fuerza entre los actores de la vida social y política, situar los problemas y comprender los límites y las contradicciones en el marco de las realidades del momento. Se trata de establecer la relación que existe entre el nuevo discurso sobre la globalización y la economía política de la mundialización (Peemans, 1996:55).

Entendiendo el discurso como una ideología de la globalización, la que como cualquier ideología, reproduce parcialmente la realidad y que con la justificación factual de algunos de sus elementos alcanza cierta legitimidad.

Por último, una perspectiva de análisis que involucre a la historia como proceso y conocimiento nos permite reubicar nuestro presente en el trinomio pasado, presente y futuro, dado que las tendencias actuales en los noventa sugieren que estaríamos asistiendo a lo que, Zaki Laïdi (1997), denomina el tiempo mundial, el cual “mina la idea de proyecto nacional histórico”. Las naciones cada vez se encuentran en peores condiciones para justificar su existencia en relación a un pasado o a un futuro.

El tiempo mundial es ante todo una fenomenología del presente. Su fuerza y su sentido reside en su capacidad de ‘emitir señales’, es decir, vincular fenómenos entre sí y hacerlos entrar en resonancia. (Laïdi, 1997:136).

Ofrece a las sociedades con historias singulares un presente común. En tanto que momento histórico, el tiempo mundial busca naturalmente desvincularse del pasado, realizar una ruptura con él a través del discurso de adaptación a la globalización.

Pero la singularidad del tiempo presente es que esta ruptura con el pasado no trae consigo ninguna idea de futuro. La fortaleza de la urgencia en nuestra sociedad refleja esta sobrecarga del presente ante el cual expresamos nuestras

expectativas y que nos conduce a exigir del presente lo que antes se esperaba del futuro. (Laïdi, 1998: 76).

Por todo el mundo, las sociedades políticas parecen estar confrontadas a los mismos problemas, a los mismos desafíos, incluso en la manera de enunciarlos.

Se habla hoy de la crisis del Estado, de la privatización del sector público, de la transparencia de la administración, de la valorización del capital humano, sin hacer mención a temas más político como el tránsito al mercado o a la democracia. De aquí se desprende el sentimiento de vivir una temporalidad única (Laïdi, 1998:167).

Este sentimiento de vivir la urgencia o la inmersión en el tiempo presente se explica porque hasta hace no mucho nos enfrentábamos a un mundo que se estructuraba en torno al tiempo de la política lo que implicaba constantes referencias al pasado para el manejo del presente y mantenía el objetivo de proyección hacia el futuro. Con los cambios económicos, tecnológicos y comunicacionales de las últimas décadas se ha comenzado a producir una gran transformación cultural que ha desplazado el tiempo de la política como vector estructurante por el tiempo de la economía y, sobre todo, del mercado, el cual a partir de la velocidad del consumo, de la producción y los beneficios desvincula el presente del pasado, transforma todo en presente e involucra los anhelos futuros en la inmediatez.

El trabajo lo dividiremos en dos partes. En la primera, realizaremos una breve comparación de indicadores de globalización a finales del siglo pasado y del actual. Esta comparación, que es uno de los procedimientos más corrientes que se le da a la historia en el estudio del presente, nos permitirá mostrar qué tanto se ha avanzado en los procesos de globalización y cuáles son los argumentos que permiten determinar que este es un fenómeno actual como tal y no ha sido consustancial a la historia moderna en los últimos cuatro o cinco siglos. Posteriormente, con base en algunos enunciados de la concepción histórica braudeliana, presentaremos algunos elementos que deberían tenerse en cuenta al momento de analizarse la globalización desde una perspectiva histórica.

La globalización a finales de los siglos XIX y XX

La globalización es una utopía en el sentido de reflejar condiciones ideales que nunca han existido... como una ideología que alaba la eficiencia de los mercados libres, la globalización ofrece la expectativa de una economía mundial abierta, en la que los actores compiten en un juego de suma positiva, en condiciones en

que todos los jugadores suponen que están en condiciones de ganar (Mittelman, 1996: 62).

¿Qué tan nuevos son los actuales procesos de globalización? Gran parte de la polémica que existe sobre la globalización obedece a que algunos la interpretan en un sentido profundo, como un proceso ya culminado, mientras que otros la ven simplemente como una tendencia en desarrollo, como una posibilidad entre varias variantes. Mientras es relativamente fácil aceptarla como tendencia, no se puede ser igualmente categórico cuando se identifica la globalización con un proceso maduro y profundo. En este segundo sentido sólo se le puede reconocer su carácter teleológico, en el entendimiento de que conducirá a una aldea global, fábrica global, sociedad civil mundial, economía mundial y a un gobierno mundial.

Es, en este sentido, que algunos autores consideran que la globalización comprende algo más que la simple actividad por fuera de las fronteras y el control de los Estados. John Thompson (1995:150), por ejemplo, precisa que sólo se puede hablar de globalización cuando las actividades en realidad tienen lugar en una arena que es más o menos global, cuando los trabajos se organizan, planean o coordinan en una escala global y cuando las acciones entrañan cierto grado de reciprocidad e interdependencia, como actividades localizadas situadas en diferentes partes del planeta. Dentro de esta perspectiva sólo podría hablarse de globalización cuando las interconexiones entre las diferentes comunidades y regiones sean permanentes y efectivamente globales, cuando las influencias nacionales o locales sean sustituidas por presiones transnacionales y cuando la integración económica sea el resultado de la actividad espontánea o consciente de las corporaciones transnacionales y no el producto de la actividad de los gobiernos nacionales.

De este modo, sólo podemos hablar de globalización como tendencia, pero carecemos de elementos de juicio que nos permitan avalar la posibilidad de una globalización como proceso. No sólo está bajo sospecha la consideración de la globalización como un fenómeno ya consumado, sino que muchos de los elementos que cierta literatura ha pensado como característicos de este proceso —la expansión del comercio internacional, el volumen de las inversiones extranjeras y la reconversión de las empresas multinacionales en firmas transnacionales, etc—, se visualizan desde otro ángulo cuando se someten a la dura prueba de la evidencia histórica.

Cuadro No. 1

**Proporción del comercio de mercancías en relación al PIB a precios corrientes
(exportaciones e importaciones combinadas) 1913-1993**

Años	1913	1950	1973	1993
Francia	35,4	21,2	29,0	32,4
Alemania	35,1	20,1	35,2	38,3
Japón	31,4	16,9	18,3	14,4
Países Bajos	103,6	70,2	80,1	84,5
Reino Unido	44,7	36,0	39,3	40,5
Estados Unidos	11,2	7,0	10,5	16,8

Fuente: *Grahame Thompson, "Globalization and the possibilities of domestic economic policy" en Politik und Gesellschaft N. 2/1997.*

En primer lugar, como lo muestra claramente la información contenida en el cuadro 1, con la sola excepción de Japón, en los últimos veinte años, la mayoría de los grandes países tuvo un crecimiento en la proporción del comercio de mercancías con respecto al producto interno bruto. Este aumento, sin embargo, no ha alcanzado una magnitud que permita sostener que la globalización ha entrañado cambios sustanciales en el comportamiento económico internacional de los grandes Estados. Una comparación de comienzos de siglo puede ser perfectamente pertinente en la medida en que a finales del siglo XIX y de comienzos del XX se produjo una significativa revolución tecnológica en los transportes (barcos a vapor y ferrocarriles) y las comunicaciones (cables submarinos telegráficos intercontinentales) (Rodrik, 1997a).

Es más, si nos detenemos a visualizar el problema en una perspectiva de más largo plazo, es decir, si comparamos la información correspondiente a inicios y finales del presente siglo, podemos percatarnos de que, con excepción de Alemania y Estados Unidos, la participación del comercio de mercancías es menor en la década de los noventa que en 1913. Para el conjunto de países desarrollados, la relación entre exportaciones de mercancías y el PIB era un 12,9% en 1913, 14,1% en 1974 y en 1993 alcanzó los 14,3%. De todo esto se puede inferir que si el comercio internacional sigue representando un porcentaje relativamente bajo en relación al PIB de los grandes países industrializados eso quiere decir que la mayor parte de la producción (aproximadamente el 90%) se destina al mercado interno. La única excepción la representan los países pequeños, para los cuales esta cifra

es por regla mucho mayor, e incluso, no obstante la centralidad que tiene el NAFTA para los países integrantes de la esta organización (Estados Unidos, Canadá y México), conviene recordar que el comercio entre dos provincias canadienses sigue siendo en promedio 20 veces más grandes que el flujo que tiene cada una de ellas con Estados Unidos.

Una conclusión similar se observa cuando comparamos la participación de las exportaciones del conjunto de países de la OCDE con respecto al PIB entre 1913 y 1991: mientras en vísperas de la Primera Guerra Mundial, el porcentaje ascendía al 16% en 1991, es decir en el primer año de posguerra fría, representaba el 17,9%. El comercio internacional de los países industrializados en referencia a su producción alcanzó un 12,9% en 1913, cayó al 6,2% en 1938 y se elevó al 14,3% en 1993. En síntesis, tanto en lo que respecta a Estados Unidos como a los países europeos, los volúmenes comerciales alcanzaron su zenit con anterioridad a la Primera Guerra Mundial y después durante el periodo de entreguerras alcanzaron su punto más bajo. Desde los años cincuenta comenzó una nueva fase de recuperación (Rodrik, 1997b: 22) que se estabilizó a partir de la década de los setenta.

La relativa estabilidad de estos indicadores en el tiempo contrasta con la reducción de los aranceles promedios a los productos manufacturados como porcentajes del valor entre las naciones industrializadas. Si en Francia esta cifra alcanzaba un 21% en 1913 se redujo al 5,9% en 1990, Alemania durante el mismo periodo pasó del 20% al 5,9%, Japón del 30% al 5,4% y Estados Unidos del 44% al 4,8% (The Economist, 1995a). Si la economía en realidad se hubiese globalizado, esta significativa reducción de los aranceles debería haberse traducido en una drástica aceleración del comercio internacional, pero como vemos, este no ha sido el caso.

La única conclusión que se puede extraer de estos indicadores es que el crecimiento de la tasa de comercio internacional entre las naciones desarrolladas demuestra que se produjo el cambio de un régimen basado en torno a la demanda interna a otro en el cual un papel más dinámico ha recaído en las exportaciones. Pero esto no significa que la economía se haya globalizado sino simplemente se encuentra más internacionalizada.

Si aplicamos el mismo procedimiento, podemos inferir conclusiones similares con respecto al tamaño y las funciones de los Estados de las naciones industrializadas. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, los gastos gubernamentales se situaban alrededor del 20% del PIB mientras que a mediados de la década de los noventa ascendían al 47%. No obstante, los discursos que sugieren la casi desaparición del Estado, su tamaño y su peso son mucho mayores ahora.

En cuanto a las inversiones, la situación no es muy diferente. En 1913, la tasa de flujos de inversión extranjera directa de los países desarrollados en relación al PIB era del orden del 3%, es decir, una tasa similar al 4% que se alcanzó en 1990 y el stock de inversión directa pasó del 9% del producto mundial en 1913 a un 9,7% en 1994. Es más, diversos estudios sugieren que la comentada movilidad internacional de capital desde la década de los setenta en muchos aspectos es menor que la que se observa para 1914 (Nogueira, 1997: 86-88). La única gran novedad de la época contemporánea consiste en el carácter multilateral de la inversión que se reparte entre los tres polos de la tríada (Boyer, 1997).

Por otro lado, una parte sustancial de la IED productiva se canaliza a actividades de fusión o de adquisición de empresas existentes y el grueso de las inversiones son de portafolio. Las políticas de privatizaciones fueron responsables del 52% de la IED que se destinó al África Subsahariana en 1993, el 22,3% en el Medio Oriente y el 16,9% del total de IED en América Latina entre los años 1989 y 1993. A lo largo de la década de los ochenta e inicios de los noventa, la IED disminuyó entre los países de la OCDE del 21% al 18% mientras que las actividades de portafolio aumentaron durante el mismo periodo en un 28%. Información de la UNCTAD en relación al vínculo que existe entre inversión extranjera directa y formación bruta de capital, evidencia que esta fue apenas del 3,9% en 1994 y que sólo los países pequeños, como Bélgica y Nueva Zelanda, registraron una cifra superior al 20%. En los países en desarrollo este indicador es un poco más alto: 7,5%, destacándose América Latina y Asia, los mayores receptores de IED entre las naciones en desarrollo que registraron en 1994 un 8,6% y un 7,2% respectivamente.

Los flujos de capitales fueron mayores a finales del siglo XIX que en la actualidad. Entre 1880 y 1913 Gran Bretaña registró un superávit

promedio en la balanza de pagos de cuentas corrientes del 5% del PIB mientras que en la actualidad son pocos los países que pueden mantener un flujo líquido de capital equivalente al 3% del PIB por un periodo prolongado (The Economist, 1995b).

La internacionalización de los mercados en el campo financiero es igualmente limitada. No sólo porque estos mercados permanecen segmentados, sino porque el grueso de estos volúmenes se destinan a los propios países de origen o a Estados geográficamente próximos. La única excepción la constituyen los capitales golondrinas que son más volátiles, se mueven con rapidez a medida en que se producen cambios en las condiciones financieras. Así, por ejemplo, los fondos de pensión y las compañías de seguro de los países desarrollados siguen marcados por las condiciones domésticas. Por eso es prematuro admitir la existencia de un mercado global de capitales. Los mercados financieros se han tornado cada vez más integrados, pero se está lejos de que formen un único mercado global (Nogueira, 1997:87).

En cuanto a las empresas multinacionales se pueden distinguir varios tipos de las mismas. Las primeras son las multinacionales cuya actividad se basa en la explotación de los recursos naturales, otras son las multinacionales exportadoras que tienen su base productiva en el mercado doméstico, las empresas regionales que se integran a los países donde se han instalado y desarrollan la cadena completa de sus actividades incluida la investigación y el desarrollo, pero están presentes sólo en una región y por último, las empresas redes globales, que tienen presencia en diferentes regiones, disponen de estados mayores regionales y organizan la cadena de actividades sobre una base mundial y están dirigidas por unas élites multinacional que cimienta una cultura de empresa fuerte (Cohen, 1996:59).

Un análisis de las principales empresas multinacionales conduce a la constatación de que el número de empresas que se puedan catalogar como propiamente trasnacionales es todavía reducido. Para las grandes empresas, la exportación a partir de la base nacional continúa siendo el primer vector de la internacionalización. Sólo son globalizadas las empresas multinacionales de los países pequeños (Nestlé de Suiza, Abb y Electrolux de Suecia), por la necesidad de participar en la división internacional del trabajo.

Además el capital no está produciendo una transferencia masiva de inversión y empleo de los países desarrollados a los en desarrollo. Con

la excepción de algunos países de reciente industrialización, la mayor parte de las naciones en desarrollo siguen marginalizadas en términos de inversión y comercio. De esto algunos autores concluyen que la economía mundial está lejos de ser globalizada en razón de que gran parte del comercio, la inversión y de los flujos financieros siguen concentrados entre los países de la tríada y estos países precisamente gozan, con la coordinación, de la capacidad de ejercer presión sobre los mercados financieros. De esto infieren que el mercado mundial de ningún modo se encuentra por fuera de la regulación y el control (Hirst y Thompson, 1996).

Las actividades de localización de estas empresas no son tan corrientes porque el Estado sigue manteniendo una autoridad frente a las empresas extranjeras, y con sus políticas de capital humano, investigación y desarrollo, ahorro y por las políticas de oferta y demanda sigue condicionando las decisiones de ubicación (Cohen, 1996:108-109). Como lo afirma el autor podría sostenerse que las firmas globales son un testimonio fehaciente de la imperfección de los mercados. Por su parte, el énfasis de algunas empresas en estimular la localización de filiales tiene como objetivo eludir los obstáculos neoproteccionistas, lo que demuestra que la economía no se encuentra tan globalizada. Además, por lo general, las multinacionales rara vez se desplazan por fuera del perímetro próximo al país de origen: las empresas norteamericanas invierten en América Central y del Sur, las japonesas en el sudeste asiático y las europeas en los restantes países del Viejo Continente.

Tampoco es del todo exacto que las inversiones en tecnología y desarrollo se desarrollen en una escala planetaria. Como bien lo han demostrado las negociaciones en el seno del GATT, los Estados no sólo siguen siendo muy celosos en conservar los avances logrados en el plano nacional, sino que además las empresas multinacionales son asiduas guardianas de sus descubrimientos porque entienden que estos son factores que potencian su competitividad internacional y, en ese plano, sellan alianza con sus respectivos Estados, en la defensa de sus innovaciones.

Si la mayor parte de los indicadores demuestran que las empresas transnacionales son escasas y que siguen determinadas en varios campos por las actividades y orientaciones que imponen sus propios Estados, ¿por qué ha alcanzado tanta difusión la idea de que estas

firmas operan con una vocación global a una escala igualmente global?. La respuesta podemos encontrarla en el ámbito político. En las relaciones que tejen con las autoridades nacionales, las firmas globales tienen necesidad de presentarse como tales porque es así que pueden maximizar las concesiones y los apoyos por parte del Estado.

Si la globalización como proceso avanzado dista mucho de ser una realidad y la economía se está mundializando sobre una base fundamentalmente internacional, podemos concluir que los procesos de globalización están reproduciendo articulaciones en torno a núcleos de acumulación y crecimiento micro regionales que pueden ser regiones, ciudades o metrópolis. Estos polos exitosos de acumulación, que, como lo señala J. Ph. Peemans, se caracterizan por constituir un conjunto de empresas con elevadas tasas de crecimiento y rentabilidad que funcionan según las normas internacionales, muy abiertas al resto del mundo en términos de flujos de productos, tecnología, capitales e información, lo que ha dado origen al surgimiento de “redes transnacionales de poder”, centralizan las funciones de coordinación en nichos urbanos globalizados (Sassen, 1996). En la medida en que lo característico de la economía presente no es tanto el pasaje de la agricultura a la industrial y de ésta a los servicios, sino la interacción constante entre agricultura, industria y servicios, con base en procesos de información, las grandes ciudades son el nudo en que se realizan estos movimientos. En una economía intensamente transnacionalizada, las principales áreas metropolitanas son los escenarios que conectan entre sí a las economías de diversas sociedades.

En síntesis, la globalización económica será un anhelo más que una realidad hasta que se cumpla una serie de condiciones: en primer lugar, que aumente de modo sustancial el número de empresas transnacionales y que estas no se limiten a reproducir *joint ventures* o asociaciones interfirmas; en segundo lugar, que se produzca una real y mensurable intensificación del comercio internacional en relación al PIB en la mayoría de los países; tercero, que se desconcentren los flujos financieros y las inversiones y que estos se canalicen a la amplia mayoría de las naciones, sobre todo aquellas en desarrollo; cuarto, que los mercados financieros se encuentren al margen de cualquier regulación de tipo intergubernamental como han sido en efecto los acuerdos *Plaza* y *Louvre*, pero que se sometan a una autoridad supranacional; y, por último, que exista en realidad un espacio genuinamente globalizado de transacción.

No obstante, el hecho de que la historia nos sugiera que cuantitativamente el mundo de finales del siglo XIX no difiere mucho del de finales del siglo XX, desde un punto de vista cualitativo se han producido transformaciones sustanciales que validan la idea de que se está ingresando en una nueva época en varios aspectos. El siglo XX ha sido testigo de grandes innovaciones tecnológicas y científicas, una mayor automatización de la producción, la acumulación se basa más en el conocimiento y se encuentra más desmaterializada y desterritorializada. Otra diferencia consiste en que las interconexiones entre los diferentes países son mucho más intensas y un porcentaje mayor de la población mundial se encuentran bajo la influencia de los procesos de globalización. Como señala un autor, la diferencia principal entre las formas de globalización entre el siglo XIX y el XX es que este último es mayor en amplitud, alcance e intensidad que el antecesor (Gill, 1997:209-210). Otra diferencia entre finales del XIX y del XX es que hace un siglo los procesos de creciente interconexión fueron el resultado de la disminución de los costos en los transportes, mientras que en la actualidad la globalización se produce por la caída en los costos de las comunicaciones, lo que abre posibilidades para que la integración internacional sea más profunda.

Entre 1870 y 1913 se alcanzó una época de oro de la globalización pues los Estados naciones y las burocracias eran embrionarias. El mundo de finales del siglo XIX conoció una serie de transformaciones que lo aproximaron y convirtieron en una unidad: el cable submarino, telégrafo, agencias internacionales de información. Estas transformaciones, sin embargo, no podían dar todavía lugar a una integración mundial, por cuanto la comunicación era muy costosa y segmentada lo que hacía que la transmisión de noticias se limitara únicamente a los sectores diplomáticos y a los medios extranjeros.

Pero cuando comparamos el presente con la situación de hace un siglo podemos inferir que la producción material e inmaterial que da lugar a intercambios internacionales ha aumentado si la referimos no sólo a la riqueza nacional, sino a la riqueza que da lugar a los intercambios mercantiles. Entre 1913 y 1990 la parte de las exportaciones en el producto nacional norteamericano es casi el mismo, pero si lo relacionamos a la parte de las exportaciones con los productos que originan intercambios, la evolución es mucho más espectacular: se pasa del 13% al 31,4%. En segundo lugar, el intercambio económico se basa cada vez más en la competición de

productos que pueden ser fabricados por un número creciente de empresas, mientras que hace un siglo, estos eran intercambios complementarios de productos no competitivos, como las materias primas necesarias a la producción de bienes manufacturados. Por último, la competición mundial integra más los factores sociales y culturales, pero al mismo tiempo han surgido una producción industrial en el campo de la cultura —la industria cultural— que tiene la capacidad de poner en comunicación e interaccionar a los diferentes pueblos (Laïdi, 1998).

Globalización y la dialéctica de las duraciones

Las comunicaciones de los pueblos entre sí están tan difundidas por todo el globo terrestre que uno podría casi decir que el mundo entero es una sola aldea, donde tiene lugar una feria permanente de todas las mercancías y en las que cualquier hombre con dinero, sin salir de su lugar, puede aprovisionarse y disfrutar de todo lo que produce la tierra, los animales y el trabajo humano (Montanari, 1680:132).

En una de las dimensiones de su extenso trabajo, Braudel (1966:16) plantea la existencia en la historia de una pluralidad de duraciones.

El tiempo no es unilineal ni mensurable cronológicamente. Existen tres grandes duraciones, cada una de las cuales corresponde a una esfera particular: el tiempo largo o la “historia casi inmóvil”; la historia lenta, peculiar a la economía y la sociedad y finalmente el tiempo corto, inherente a las transformaciones que se producen en la vida pública.

Cada una de estas temporalidades, de larga, mediana y corta duración, corresponde a diferentes niveles de análisis: estructuras o largos procesos, coyunturas (situación que resulta de un encuentro de circunstancias y que se considera como el punto de inicio de una evolución o una acción) y los acontecimientos. Veamos brevemente como se interpreta la globalización a la luz de cada una de estas duraciones.

En una perspectiva de larga duración, como nos lo sugieren la cita de Montanari, la globalización no es un asunto nuevo sino que es un proceso que se ha venido desarrollando desde tiempo atrás y se caracteriza por ser multifacético y abarcar las diversas esferas de la sociedad. Sus raíces se remontan al surgimiento del capitalismo. Numerosos trabajos de historia económica y particularmente la sugestiva obra de Polanyi *La Gran Transformación* han demostrado que el mercado, institución que hunde sus raíces en las profundidades de la historia, desempeñó con anterioridad a la sociedad moderna un

papel relativamente marginal en la vida económica de los pueblos ya que la economía no existía como esfera autónoma sino que se encontraba incrustada en las relaciones sociales.

Fue con el surgimiento de las sociedades modernas que se dio inicio a la mercantilización de la vida en las sociedades precapitalistas. Este proceso no se produjo a partir del mercado local, ya que ésta era una institución cerrada sobre sí misma y que abarcaba el conjunto de la producción regional. El cambio se produjo sobre la base del mercado exterior ya que era competitivo, innovador y se basaba en el intercambio de productos no perecederos que se canjeaban a grandes distancias. En las sociedades precapitalistas estas dos instituciones no eran competitivas entre sí, sino que se complementaban. Mientras el mercado local estimulaba la reciprocidad los grandes comerciantes internacionales fueron los agentes en torno a los cuales surgió el espíritu capitalista. En tal sentido, fue el comercio internacional el impulso para el desarrollo del capitalismo.

Como lo insinúa Geminiano Montanari, la circulación de la mercancía asociada a la expansión del mercado y del capitalismo puso en contacto a pueblos de diferentes latitudes. En efecto, las tendencias globalizadoras se vincularon con los cambios que, en las relaciones internacionales, trajo consigo la emergencia del capitalismo.

El verdadero sistema de competencia, corazón de la economía de mercado, fue el producto de las actividades del Estado. Fueron las monarquías centralizadas de Europa Occidental las que, a partir del siglo XVIII, realizaron la fusión de los múltiples mercados locales y el comercio exterior, lo que dio origen a un mercado interior unificado, integrado y competitivo (Anderson, 1986). Fue, precisamente, esta constitución de los mercados internos como preámbulo de las economías nacionales, el punto de partida a partir del cual el capitalismo comenzó su largo proceso de dominación de la economía mundial.

Un cambio de gran trascendencia en dirección hacia un mundo cada vez más globalizado se produjo con el advenimiento de la Revolución Industrial. Si el capitalismo mercantil se había desarrollado a partir de las diferencias de productos y precios entre las distintas regiones del mundo, es decir, se basaba en la dominación comercial del espacio, con la Revolución Industrial el control del espacio pasó a ser sustituido por el dominio del tiempo productivo.

Carlos Marx (1985:30-31), en sus clásicos textos dedicados al estudio del desarrollo del capitalismo, ya había anotado las transformaciones que la evolución de este sistema origina en el espacio y el tiempo.

Mientras que el capital por un lado debe tender a arrasar toda barrera espacial opuesta al tráfico, id est, al intercambio, y a conquistar toda la tierra como su mercado, por otro lado tiende a anular el espacio por medio del tiempo, o sea, a reducir a un mínimo el tiempo que emplea el movimiento de un lugar a otro. Cuanto más desarrollado sea el capital, tanto más extenso será el mercado en el que circula, mercado que constituye la trayectoria espacial de su circulación, y tanto más tenderá a extender el mercado y a una mayor anulación del espacio a través del tiempo... Aparece aquí la tendencia universal del capital, que lo diferencia de todos los estadios anteriores de la producción.

La concreción del mercado interno y los cambios que introdujo la revolución industrial que con la técnica alteró la relación entre espacio y tiempo, no sólo implicó la reconfiguración de las relaciones sociales para adecuarlas a la naturaleza de los cambios que estaban teniendo lugar, sino que trajo consigo también el inicio de un proceso de separación de los individuos de sus comunidades para reconstituirlos de acuerdo a la necesidad que se derivaba de los nuevos ámbitos espacio temporales. Como señala Renato Ortiz (1996:70):

...la separación del espacio y del tiempo permite el desencaje de las relaciones sociales. El espacio es así vaciado de su materialidad, definiéndose en relación con otros espacios distantes. La circulación es lo que los pone en función integrada en comunicación. Ella es una función integrada en un sistema racionalmente administrado (ferroviario, postal, de carretera, comunicativo, etc). El desencaje es posible en cuanto movilidad dentro de esta red de interconexiones.

Desde sus orígenes, los procesos de globalización han tenido una doble dimensión: desarrollo extravertido, es decir, a través de la construcción de múltiples vinculaciones, ha ampliado las fronteras de su radio de acción enlazando a un número cada vez mayor de países y regiones y, de la otra, vertical, o sea, se expresa en todos los ámbitos de existencia de la sociedad, a ritmos e intensidades desiguales. Es, en este sentido, que la globalización es un fenómeno plural que puede ser aprehendido indistinta pero conjuntamente como un proceso que se manifiesta a escala nacional e internacional.

En términos generales puede decirse que desde el siglo XVIII hasta la Segunda Guerra Mundial se ingresó en una fase, en la cual, el sistema mundial gravitó básicamente en torno a la actividad de los

Estados nacionales y se redujo el papel que desempeñaban las unidades transnacionales. Durante esta época el carácter cíclico de desarrollo del capitalismo dio lugar a periodos sucesivos de mundialización, contracción nacional y reconstitución del sistema mundial. Estos giros no alteraron la matriz estatal de las relaciones internacionales, por cuanto se emparentaban con reorientaciones en la misma dirección que asumían los Estados. Las relaciones internacionales se convirtieron en el punto de intersección de las políticas exteriores de los Estados. Esto a su vez se tradujo en la consolidación de un jerárquico sistema interestatal en el que los vectores políticos y geoestratégicos se combinaron con el “economicismo” de la fase anterior. La interacción de los aspectos políticos con los económicos se produjo bajo otra modalidad porque el anterior activismo mercantil fue desplazado por el desarrollo productivo, lo que selló la unión entre el Estado-nación y la economía nacional.

La multiplicidad de acciones externas emprendidas por los Estados, fueran militares, económicas, comerciales o geoestratégicas constituían el substrato principal de las relaciones internacionales. Con esta “dependencia” estatal la vida internacional perdió la autonomía anterior y se redujo a la simple suma de actividades externas desarrolladas por los Estados. Este periodo, analizado magistralmente por K. Polanyi se caracterizó por el amplio despliegue del mercado y la reproducción de la política bajo los dictados de la lógica implacable del desarrollo económico.

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, un mundo completamente nuevo surgió de sus ruinas. El orden internacional pasó a articularse en torno a tres vectores: las relaciones este-oeste, eje principal de la vida internacional, se regulaban con base en la disuasión nuclear, los elementos económicos se supeditaban a los factores políticos y estratégicos y los conflictos en la periferia reproducían la lógica establecida por el centro. Durante estos años, el capitalismo ingresó en una nueva fase de su desarrollo en la cual las unidades transnacionales nuevamente empezaron a desempeñar una función importante. El acuerdo de *Bretton Woods*, la creación del FMI, el Banco Mundial, el GATT y la Organización de las Naciones Unidas fueron fieles testimonios de ello. La mundialización, que encontró su máxima expresión en la revolución tecnológica, traspasó las fronteras

nacionales y vinculó a pueblos y civilizaciones diversas para intentar situarlos dentro de su propia racionalidad.

El periodo de postguerra reproduce elementos contradictorios. Si bien, de una parte, estimula el surgimiento de órganos multilaterales que sirven para reglamentar y acentuar los vínculos económicos y políticos entre los Estados, estos siguieron siendo la articulación principal de la vida internacional. La creación de instituciones como las Naciones Unidas, que tenían una vocación universal para dar estabilidad, paz y prosperidad al mundo se construían sobre la base de acuerdos interestatales y en los Estados recayó la legitimidad de la misma. Es decir, a diferencia de la fase anterior, durante este periodo las políticas keynesianas crearon las condiciones para que la política y las acciones gubernamentales pusieran nuevamente bajo control la economía.

Pero, de la otra, la reglamentación de postguerra se inscribía en una lógica interstatal que pretendió sistematizar las relaciones comerciales y monetarias internacionales sobre una base multilateral, básicamente para evitar los desordenes monetarias del periodo de entreguerra. La globalización financiera consistió en los procedimientos utilizados por agentes básicamente privados para soslayar estas reglas, lo que minó el poder de los Estados, desvirtuó la relación entre mercados y Estados y acabó con los compromisos nacionales propios de la época keynesiana, como producto de algunas grandes disfuncionamiento de las relaciones económicas internacionales, como fueron la incontrolable salida de capitales de Estados Unidos durante la década de los sesenta, los *shocks* petroleros de los setenta, el masivo endeudamiento de EE.UU. y la crisis de la deuda en las naciones en desarrollo durante la década de los ochenta (Adda, 1997:62-94).

En una perspectiva de mediana duración, la globalización corresponde a un ciclo, es decir a una coyuntura en el desarrollo de un proceso más profundo. En este caso, la globalización sería el resultado de profundas transformaciones que se produjeron en el desarrollo del capitalismo. Hacia mediados de la década de los setenta, el periodo de expansión postbélica llegó a su fin y nuevamente se produjo un paulatino deslizamiento del poder internacional hacia los procesos y factores transnacionales. Esta reorientación fue parcialmente el resultado del declive de la hegemonía de las dos superpotencias en sus

respectivas áreas de influencia y la pérdida de importancia de los mecanismos políticos y militares. Sin embargo, más importante aún fue el hecho de que los tres modelos de desarrollo —el desarrollismo entre las naciones del Tercer Mundo, el modelo soviético en los países socialistas y el fordismo en las naciones altamente industrializadas— ingresaron en una fase de crisis, de la que sólo el capitalismo industrializado de los países desarrollados pudo encontrar una salida mediante la sustitución del anterior modelo por un proceso de acumulación flexible.

Como acertadamente han señalado los partidarios de la Teoría de la Regulación (Boyer, 1995), los sistemas productivos entraron en crisis por razones similares, debido a que respondían a evoluciones análogas. Los cambios en el sistema de funcionamiento del capitalismo tuvieron lugar porque se produjeron alteraciones en los sistemas productivos, lo que posibilitó la paulatina consolidación de una nueva modalidad ampliada de reproducción del sistema capitalista mundial.

Los orígenes de la crisis del sistema soviético se remontan a finales de la década de los sesenta cuando en los países occidentales se dio inicio a la llamada Tercera Revolución Industrial, proceso que significó una renovación sustancial de la producción gracias a importantes avances tecnológicos. Desde la década de los cincuenta, la Unión Soviética y los países de Europa del Este, bajo la égida de Moscú, se habían trazado como objetivo alcanzar y sobrepasar a los países capitalistas en términos de desarrollo económico. Sin embargo, por razones estructurales inherentes a las economías de estos países y a pesar de las grandes innovaciones científicas y tecnológicas que realizaron, no pudieron dar el salto de un desarrollo extensivo —basado prioritariamente en el uso indiscriminado de la mano de obra y de los recursos y en la lenta modernización de los aparatos productivos— a uno intensivo (Fazio, 1992). La profundización de la crisis durante la década de los ochenta hizo completamente inviable la actualización del modelo. En todos estos países se optó finalmente por una ruptura radical con el sistema soviético y por la introducción de la economía de mercado para restablecer los vínculos con los flujos mundiales.

Una situación similar se presentó en muchos de los países del Tercer Mundo. Con la excepción de aquellos Estados que podían extraer beneficios de la nueva dinámica que estaba empezando a

imperar a nivel mundial, debido a su tamaño, como la India, Brasil y otros de dimensiones pequeñas pero que introdujeron una apropiada estrategia orientada hacia la exportación, básicamente los Nuevos Países Industrializados del sudeste asiático, el resto de los países del Tercer Mundo entró en una etapa de crisis. El agotamiento golpeó por igual a las diferentes estrategias de desarrollo que se habían impulsado en los años anteriores. Fuera la estrategia autárquica, encaminadas a desarrollar actividades económicas dentro de las fronteras nacionales, la promoción de exportación de productos tradicionales, la estrategia de valorización de los recursos o la substitución de importaciones (Vernières, 1991), todas ellas ingresaron en una etapa de anquilosamiento, dado que era cada vez más difícil encontrar los medios para satisfacer las múltiples demandas sectoriales de la sociedad y de los mismos Estados.

A pesar de sus logros iniciales, las políticas desarrollistas no pudieron romper el círculo vicioso de la dependencia. La estrechez del mercado interno, la escasa eficiencia, la insuficiente inversión productiva, el desarrollo deficiente de la productividad a nivel internacional, las abismales diferencias sociales y económicas y el interés en fomentar un desarrollo industrial que marginó la agricultura y la esfera de los servicios condujo a una parcial desvinculación y pérdida de participación de los países del Tercer Mundo en el mercado mundial. Su inserción en los flujos planetarios se limitó casi exclusivamente a la exportación de materias primas y artículos con escaso grado de elaboración, es decir, una producción cuyo valor e importancia estratégica, con excepción del petróleo, ha tendido hacia la baja.

Pero fue, sin duda, la crisis de la deuda externa lo que estimuló la veloz transformación de los modelos de desarrollo de los países del sur. La detonación de esta crisis sirvió de justificación para eliminar de raíz cualquier intento por mantener los esquemas desarrollistas. Además de restablecer los grandes equilibrios macroeconómicos, las políticas de ajuste patrocinadas por el FMI y el Banco Mundial propiciaron el establecimiento de un nuevo patrón de acumulación y crecimiento, el cual se caracterizó por la adaptación de las economías de los países en desarrollo a las normas prevalecientes en el capitalismo transnacional.

Como lo indican sus propias denominaciones, los programas de ajuste no tienen ya como fundamento los problemas del desarrollo de las naciones y pueblos, sino la adaptación de los espacios económicos nacionales a las exigencias de

funcionamiento y de coherencia del espacio económico internacional, es decir, en última instancia, también a los criterios internacionales de la valorización del capital (Peemans, 1997:16).

Los procesos de apertura terminaron mejorando las condiciones de competición de los países en desarrollo en productos manufacturados, pero al precio de aceptar una mayor dependencia financiera y de mercados por parte de las grandes firmas.

La crisis de los modelos de desarrollo no fue, empero, un fenómeno exclusivo a los países del este y del sur. El mismo problema se presentó también entre las naciones altamente industrializadas. Como es sabido en el periodo de postguerra entre los países industrializados se expandió y fortaleció el fordismo como mecanismo de acumulación intensiva sobre la base de la consolidación de las técnicas taylorianas y de la automatización como paradigma tecnológico, una sistemática redistribución de las ganancias en productividad entre las diferentes clases sociales, una producción y consumo de masas como régimen de acumulación, elevadas normas de productividad, sistema contractual de fijación de las medidas salariales e internacionalización del capital. Su funcionamiento se constituía a partir de un equilibrio de poder entre el capital, el Estado-nación y el movimiento obrero.

La denominación de fordismo proviene de Henri Ford, quien en alguna ocasión señaló “quiero que mis trabajadores estén bien pagos para que compren mis vehículos”, razón por la cual duplicó los ingresos de los trabajadores. El motivo fundamental que lo indujo a esta decisión fue la elevada rotación de la mano de obra. Con mejores ingresos pudo mantenerlos en la cadena productiva, lo que con el tiempo se tradujo en fuertes aumentos de la productividad. Esta vinculación entre salario y productividad constituyó el núcleo básico del fordismo. Es decir, la producción de masa se basaba fundamentalmente en la demanda de los asalariados y ello explica el papel relativamente secundario que desempeñaron en este régimen las exportaciones manufactureras.

Desde finales de la década de los sesenta y comienzo de los setenta este modelo industrializador entró en crisis como producto de la excesiva internacionalización de los mercados y de los circuitos productivos que al no acompañarse de una armonización internacional en el plano salarial, favoreció la inclinación por el aumento de la productividad en detrimento del crecimiento de los mercados internos, los cuales prontamente llegaron a un nivel de saturación, el

agotamiento de las reservas de racionalización del trabajo de la organización taylorista lo que agudizó el problema de la financiación de la inversión, a lo que se sumaron las apremiantes innovaciones tecnológicas, las crisis fiscales y financieras y el *shock* petrolero de 1973 que obligó a aumentar las exportaciones para cancelar las compras del crudo.

Con estos cambios, que agitaban la competencia a escala mundial, las grandes empresas comenzaron un proceso de recomposición del proceso productivo con el cual las partes comenzaron a ser producidas en diferentes partes del globo. Esto trajo consigo grandes y profundos cambios en las relaciones laborales pues se comenzaron a generalizar prácticas laborales que entrañaban una amplia difusión de la subcontratación, la integración del trabajo en un esquema flexible, el fin de la línea de montaje y la explotación del trabajador a escala mundial (Mounier, 1996).

Con esta transformaciones en la producción y en las relaciones laborales ha comenzado a asistir a un acelerado proceso de desterritorialización de la producción, lo cual tiene grandes implicaciones en el plano político cultural ya que es la base de la formación de una cultura internacional-popular cuyo eje es el mercado consumidor. Proyectándose más allá de las fronteras nacionales, este tipo de cultura caracteriza una sociedad global de consumo, modo dominante de la modernidad en el mundo.

A diferencia de los casos anteriores, la crisis del fordismo pudo ser superada al encontrarse un sustituto en el capitalismo trasnacional o “liberal productivista” como lo define A. Lipietz. Se inició así una nueva fase de acumulación flexible (Harvey, 1990), la cual se tradujo en significativos cambios en los procesos laborales, de producción y formas de consumo. El encarecimiento del capital, el acortamiento del ciclo de producción y las altas inversiones en investigaciones impulsaron a las empresas a buscar nuevos mercados en el exterior para amortizar las altas inversiones y acrecentar los beneficios. Con ello, la anterior inclinación de las empresas de producir para un mercado interno se sustituyó por la producción para los mercados mundiales. El aumento de volumen de capital que requerían las nuevas inversiones debido a la aceleración del cambio tecnológico y la reducción del tiempo útil de la producción determinó que la capacidad adquisitiva en el mercado nacional no bastara para amortizar estas

elevadas inversiones. La internacionalización, de esa manera, se convirtió en un requisito para la sobrevivencia de las empresas y para mantener la competitividad de las economías nacionales. Por otra parte, la transnacionalización se aceleró por la liberalización de las finanzas internacionales y por las grandes transformaciones producidas en el campo de los transportes y de las comunicaciones. En este sentido, no tan sólo las firmas sino también los mercados —nacionales, regionales y mundial— se convirtieron en procesos transnacionales. A su vez, estos cambios estimularon la innovación tecnológica a través de la intensificación de la competencia y aceleraron la difusión de la tecnología por medio de la masificación de la inversión extranjera directa. Estas innovaciones así como los procesos de globalización comprimieron el tiempo y el espacio. De esta manera, la crisis de los modelos de desarrollo indujo a la paulatina erosión y desmonte de esos sistemas productivos nacionales y a una correlativa recomposición de la economía mundial.

En esta fase del desarrollo capitalista se alteró radicalmente la naturaleza de las relaciones económicas internacionales. Por un lado, parte, la relación externa, comercial y/o financiera, se convirtió en el aspecto más dinámico de las “economías nacionales”. Cada vez un porcentaje mayor de los bienes y servicios producidos traspasaban las fronteras con destino al comercio mundial. La economía mundial dejó de ser el resultado de la suma de las economías nacionales que funcionaban de acuerdo a sus propias leyes y sólo entraban en relación de forma marginal, a través del comercio. Estas economías nacionales empezaron a convertirse en partes integrantes de una espacialidad económica única a nivel planetaria.

Como vemos, los cimientos de este nuevo orden se forjaron durante las décadas de los setenta y ochenta. Sin embargo, en ese entonces, su universalización era poco probable porque existían factores políticos y militares que frenaban sus posibilidades de expansión y hacían además que, para algunos, se mantuviera el sueño de hacer realidad los anhelos de un orden más justo para el Tercer Mundo. La división del mundo en torno al eje este-oeste, aun cuando éste ya se encontrara cercano a su ocaso, mantenía aún la validez de los referentes revolucionarios y de los modelos desarrollista y soviético como progresos potencialmente posibles para las naciones en vías de desarrollo y las socialistas. Pero más importante aún era el hecho de que los países desarrollados estaban en la obligación de hacer grandes concesiones a las naciones

del Tercer Mundo para impedir que éstas pudiesen gravitar hacia la URSS o utilizar la “carta” soviética.

Por último, la corta duración en una perspectiva braudeliana se asocia a la caída del muro de Berlín y la posterior desintegración de la Unión Soviética.

Con la “caída del muro”, se ingresó en la etapa actual. Si bien la mayoría de los estudiosos del mundo contemporáneo concuerdan en señalar que la caída del muro de Berlín fue un acontecimiento capital que sentó las bases para poner fin a más de cuatro décadas de competición intersistémica y de guerra fría, ello no nos debe llevar a pensar que la nueva configuración planetaria se configuró a partir de la nada. La caída del muro de Berlín significó en efecto el fin de la bipolaridad y de la supremacía de los vectores políticos y militares como elementos ordenadores de la vida internacional, pero, supuso igualmente la profundización y ampliación de otras tendencias de índole económica, tecnológica y comunicacional que, desde tiempo atrás, habían comenzado a constituirse y sobre las cuales se ha empezado a establecer la matriz de la nueva configuración planetaria. El derrumbe del sistema socialista puso fin a un periodo en el cual las relaciones internacionales se articularon esencialmente en torno a tres vectores: el eje Este-Oeste o la competición intersistémica, fundamento principal de la entonces vida internacional, que se regulaba sobre la base de la disuasión nuclear, la supeditación de los elementos económicos a los factores políticos y estratégicos y la reproducción en la periferia de la lógica establecida por el eje bipolar articulador de las relaciones internacionales (Laïdi, 1993).

La desintegración del campo socialista se tradujo en la eliminación del último gran obstáculo que existía para la universalización de un modelo de acumulación que desde la década de los setenta se encontraba en ciernes: el capitalismo transnacional. Con la reorientación de los antiguos países socialistas a la lógica del mercado y las nuevas formas de vinculación de las naciones en desarrollo a la economía mundial como resultado del agotamiento de su modelo anterior de desarrollo y el impacto de la crisis de la deuda externa se crearon las condiciones para la universalización de esta nueva modalidad capitalista que desde la década de los años setenta venía madurando entre las naciones altamente industrializadas: el capitalismo transnacional. Con su nueva modalidad de funcionamiento, este

capitalismo induce, como lo señala J.-Ph. Peemans, a la creación de polos exitosos de acumulación, que se caracterizan por constituir un conjunto de empresas con elevadas tasas de crecimiento y rentabilidad que funcionan según las normas internacionales, muy abiertas al resto del mundo en términos de flujos de productos, tecnología, capitales e información, lo que ha dado origen al surgimiento de “redes transnacionales de poder”. Estos polos transnacionales se distinguen por el hecho de que establecen relaciones internacionales “internas” a los sistemas productivos. De esta manera, abordan desde un nuevo ángulo la espacialización de la economía mundial capitalista.

En la perspectiva de estas temporalidades podemos discernir diferentes niveles de aclimatación de la globalización. Si concebimos el fenómeno en una perspectiva de larga duración, lo que comúnmente denominamos globalización no sería otra cosa que una coyuntura en la que se aceleran, amplían e intensifican determinados procesos estructurales. Si privilegiamos la mediana duración, centramos nuestra atención en la coyuntura y en el potencial transformador del proceso para alterar y rediseñar las estructuras del capitalismo. En este sentido, con la globalización no sólo se habría acabado la guerra fría, sino que también todo el andamiaje económico, político e institucional de la época moderna. Por último, un análisis en términos de corta duración, redimensiona las situaciones inmediatas que caracterizan nuestra historia presente y los agentes interesados en acelerar y conducir este cambio.

De cada una de estas tres perspectivas se desprenden diferentes marcos de interpretación de la globalización. Mientras la primera minimiza la importancia del fenómeno, pues a final de cuenta lo concibe simplemente como un estadio más en la larga evolución del capitalismo, la segunda pretende mostrar los elementos nuevos que han surgido en las últimas décadas y que están estimulando el cambio global de las estructuras, lo que presupone el inicio de un mundo completamente nuevo, y la tercera, por último, destaca la importancia de aquellas situaciones y las actividades de determinados actores que han impulsado la concreción de lo nuevo.

Un análisis en términos estrictamente braudelianos anula la posibilidad de que las dos últimas perspectivas puedan erigirse en marcos explicativos del fenómeno por cuanto la coyuntura sólo puede interpretarse como una intensificación de procesos de larga duración y

su capacidad transformadora se supedita al grado de madurez de los procesos estructurales mientras la corta duración consiste en simples “destellos de luz que no logran horadar en las profundidades de la oscuridad”, es decir, no son capaces de incidir ni menos aún mostrarnos la evolución de las estructuras; simplemente irradian luz sobre los cambios.

Este breve esbozo histórico del desarrollo del capitalismo y de la globalización nos muestra que: de una parte, la anterior consolidación de los capitalismos nacionales fue una etapa necesaria en el proceso de globalización en la medida en que implicó la desterritorialización de las anteriores relaciones locales, para posibilitar nuevas relaciones sociales y de identidad. Es precisamente esta desterritorialización lo que permite imaginar la globalización como un proceso que involucra a distintas naciones y pueblos.

Visto desde este ángulo, la globalización se inscribe en una continuidad del desarrollo del capitalismo y sobre todo de las relaciones mercantiles, procesos cuyos orígenes podemos encontrarlos en los siglos XV y XVI. Por último, la globalización le restituye al capitalismo su vocación natural que ha sido más trasnacional que internacional que se libera de las relaciones de fuerzas entre los Estados, se desvinculan de las relaciones sociales para reestructurarlas, liberaliza y universaliza el mercado.

Globalización, totalidad histórica y relaciones de poder

La globalización tiene grandes implicaciones en todas las esferas de la existencia: la economía, política, medio ambiente y cultura. Si se aísla una sólo de estas dimensiones se corre el riesgo de tergiversar los complejos efectos interactuantes del proceso como un todo; pero tenemos que hacerlo si queremos profundizar en las abstracciones teóricas (Tomlinson, 1996).

Existe otra dimensión del legado braudeliano que puede ser muy pertinente para abordar el tema de la globalización. El insigne historiador francés concebía la formación del espacio de la economía mundo capitalista en su dinámica total como la interrelación de distintos ámbitos: la civilización material, la del intercambio y el capitalismo propiamente dicho (Braudel, 1985). Si extrapolamos este enunciado al problema de la globalización, este no puede ser reducido a una de las dimensiones del problema —economía, cultura, política, etc— sino que debe analizarse como un fenómeno multifacético total que vincula las disímiles manifestaciones de lo social.

Si la economía capitalista y las facilidades que generaba la actividad mercantil crearon las condiciones para la emergencia de los procesos de mundialización, la globalización no se puede reducir únicamente al ámbito de la economía o de la economía política. La globalización es un proceso multifacético que pone en interacción las diversas esferas de la sociedad con disímiles ritmos e intensidades. El papel que en este campo han desempeñado los procesos económicos ha sido el crear las bases para una interacción más intensa entre los diferentes pueblos. Pero, a lo largo de la historia, la vinculación que la economía capitalista estableció con los otros ámbitos ha sido tensa y contradictoria.

El hecho de que la alteración en la dinámica espacio y tiempo se visualice más diáfananamente en el plano económico es precisamente lo que ha permitido que la globalización se perciba básicamente como un fenómeno económico. Este presumible primado de la economía se debe a que con la globalización la economía, que históricamente estuvo incrustada en las relaciones sociales y que durante gran parte de la época de la guerra fría quedó supeditada a la lógica político institucional que emanaba de la contracción este-oeste, ha comenzado a liberalizarse de lo social, político, cultural e institucional y hoy tiende a ser un determinante definitorio de estos otros ámbitos de existencia de lo social. En este sentido, si bien un análisis en términos de larga duración braudeliana nos sugiere que la globalización se asocia con la evolución general del capitalismo, las transformaciones ocurridas en las últimas décadas han introducido una radical mutación que consiste en esta autonomización de la economía.

¿Cómo concebir la globalización como totalidad histórica?. La globalización como historia total debe entenderse de dos maneras: como lo señalábamos anteriormente, las transfiguraciones de los sistemas productivos nacionales y la reconversión de los polos trasnacionales en engranajes de una economía mundial está dando lugar al surgimiento de espacios diferenciados pero interconectados de articulación de los circuitos económicos. El primero de estos se observa en la consolidación de un espacio mundial o globalizado, o sea el terreno de acción de las grandes empresas trasnacionales o de los polos exitosos a nivel de los mercados, la producción o las finanzas. Este ámbito, comúnmente definido como globalización de los circuitos económicos, se caracteriza porque con su densificación se contribuye a profundizar, acelerar y ampliar el radio de acción del emergente sistema mundial. Con la noción de profundización queremos denotar la

intensificación cada vez mayor de los vínculos que se producen entre las economías, los Estados, los agentes transnacionales y las sociedades. Como señala Anthony Giddens (1994:26):

...la globalización puede definirse como la intensificación de relaciones sociales planetarias, que aproximan a tal punto los lugares distantes que los acontecimientos locales sufren la influencia de hechos ocurridos a miles de kilómetros y viceversa.

Con base en estas interrelaciones se están conformando los cimientos del moderno sistema mundial. La aceleración anuncia una dimensión temporal, un tiempo mundial, para retomar el análisis de Zaki Laïdi (1997:12), que se define como:

...el momento en que todas las consecuencias geopolíticas y culturales de la postguerra fría (el mundo sin puntos de referencia) se encadenan con la aceleración de los procesos de globalización (un mundo sin fronteras) económica, social y cultura.

Y alude también al hecho que precipita la adaptación de las funciones de los Estados y las sociedades a los ritmos que imponen los circuitos transnacionalizados. Por último, la ampliación se refiere a la mayor cobertura espacial de los circuitos globalizados y al surgimiento de un ámbito internacional que penetra y trasciende las sociedades y Estados para situarlos dentro de su propia racionalidad. Es la existencia de una serie de fuerzas impersonales provenientes básicamente del mercado mundial que están determinando aspectos fundamentales del poder e induciendo a la adopción de cambios estructurales en los diferentes países desarrollados y en desarrollo (Strange, 1996). En tal sentido, la globalización podemos definirla como un proceso multidimensional que pone en interacción a los diversos sociedades, Estados y regiones del planeta de una manera desigual tanto a nivel internacional como nacional.

Pero, la concepción de la globalización como totalidad debemos entenderla como el conjunto de engranajes que en su interacción ponen en funcionamiento el sistema. La columna vertebral que articula este proceso radica en lo que Giddens denomina la deslocalización entendida como la extracción de las relaciones sociales de los contextos locales de interacción y su posterior reestructuración en campos espacio temporales indefinidos. Si la constitución de la nación, gracias a los nuevos sistemas productivos y a los modernos sistemas de socialización, arrancó a los individuos de sus comunidades para convertirlos en elementos funcionales con el espacio nacional, la

globalización está significando un nuevo desencaje de los individuos de sus naciones para reubicarlos en un marco espacio temporal mundial. Como señala Renato Ortiz (1996:74):

...la modernidad se asocia a racionalización de la sociedad en sus diversos niveles, económico, político y cultural. Revela un tipo de organización desencajada, privilegiando cualidades como funcionalidad, movilidad y racionalidad. Pensada de esta forma, la sociedad es un conjunto desterritorializado de relaciones sociales articuladas entre sí. Por eso los medios de comunicación desempeñan un papel tan fundamental. Por lo tanto, contrariamente a lo que muchas veces se supone, la nación es una primera afirmación de mundialidad.

Es precisamente este desterritorialización lo que permite imaginar la globalización como un proceso que involucra a distintas naciones y pueblos.

Así es como la globalización se revela a través de lo cotidiano: nuevas formas de comunicación, consumo, cultura, política que se localizan en las actividades diarias de las personas, que se reterritorializan, como prácticas globalizadas, en lo local. Como sugestivamente señala Malcolm Walters (1996:9), mientras los intercambios materiales localizan, los intercambios políticos internacionalizan y los simbólicos globalizan.

Si observamos las grandes tendencias que han comenzado a transformar el planeta desde la década de los ochenta, podemos percibir que, con ritmos e intensidades específicas, se asiste a numerosas situaciones que aluden a la concreción de la globalización: primero, la económica que se ejemplifica en la creciente importancia que ha alcanzado la unificación de las finanzas y de los mercados; segundo, la globalización de las comunicaciones, los sofisticados sistemas de cables, el uso de los satélites, y la progresiva utilización de los métodos digitales; tercero, la mundialización de la cultura que se expresa en una creciente desterritorialización; cuarto, la societal que se expresa a través de la emergencia de la sociedad civil y las profundas transformaciones que están alterando el tejido social de las sociedades contemporáneas; quinto, la globalización de la ideología que se afirma en la amplia difusión y aceptación del discurso neoliberal y, por último, la política e institucional que no sólo está erosionando el poder y la cobertura de acción de los Estados, sino que está igualmente alterando los patrones estructuradores de las formas de hacer política.

Pero, cada una de estas situaciones de globalización difieren entre sí por su grado de universalidad, es decir, por el número de zonas del globo terráqueo que se ven afectadas por ella, y por la velocidad, o sea, el ritmo que han logrado imponerle a los procesos, ya que algunos de ellos ya se encuentran claramente mundializados (actividades comerciales) mientras que otros todavía están geográficamente localizadas (política sociales). Pero, no obstante, esta diferencia en los alcances, la globalización como proceso y totalidad debemos visualizarla como un movimiento que constantemente se crea, destruye y recrea, que ha ido abarcando cada vez más a un número mayor de comunidades, regiones y pueblos. Como totalidad, la globalización se realiza a través de la interiorización por los diferentes grupos, para los cuales la globalización no es algo que se encuentra por fuera de ellos y de sus actividades, sino que es parte de los mismos.

Si aunamos esta visión del problema a la dialéctica de las duraciones, cabría señalar que no sólo existen manera diferentes de abordar el problema sino que nos enfrentamos también a diferentes temporalidades —ritmos e intensidades— para cada uno de estos procesos de globalización. La diferencia que existe entre las economías mundo definidas por Braudel para el mundo moderno y los actuales procesos de globalización radica en que mientras las primeras entendían la economía de una porción de nuestro planeta solamente desde que forma un todo económico, la globalización constituye una totalidad que pretende abarcar nuestro planeta.

Por último, otra consideración que se desprende de las reflexiones de este historiador que es útil para el análisis de la globalización guarda relación con la dinámica de poder que se desprende de esta nueva configuración planetaria. “Una economía mundo se somete a un polo, a un centro,... Todas las economías mundo se dividen en zonas sucesivas. Esta el corazón... después vienen las zonas intermedias, en torno al eje central, y finalmente, surgen los márgenes vastísimos que, en la división del trabajo que caracteriza a una economía mundo, más que participantes son subordinados y dependientes”. Si aplicamos esta reflexión al tema de la globalización, debemos percibir el problema desde un ángulo que considere la significación de las relaciones de poder y la manera como se reproduce el carácter jerárquico y piramidal del actual sistema internacional. Como señala Boaventura do Santos (1998:56):

...el proceso de globalización es selectivo, dispar y cargado de tensiones y contradicciones. Pero no es anárquico. Reproduce la jerarquía del sistema mundial entre sociedades centrales, periféricas y semiperiféricas. No existe, entonces, un globalismo genuino. Bajo las condiciones del sistema mundial moderno, el globalismo es la globalización exitosa de un localismo dado. .

Una perspectiva inscrita en una tradición braudeliana, consiste no sólo en discernir estos tres niveles de análisis, sino en establecer una relación dinámica entre estas tres situaciones que se retroalimentan mutuamente. En tal sentido, somos de la opinión de que los procesos que comúnmente asociamos con la globalización no son otra cosa que un nuevo estadio en el desarrollo del capitalismo, el cual podemos definir como un capitalismo trasnacional (larga duración). Su surgimiento fue posible por los grandes cambios tecnológicos, productivos, comunicacionales y organizacionales que se produjeron a partir de la amplia difusión de una nueva modalidad de acumulación flexible, proceso cuyos orígenes podemos situar en los inicios de la década de los setenta (mediana duración). Por último, los acontecimientos que permitieron el ingreso a esta nueva etapa fueron la caída del muro de Berlín y la posterior desintegración de la Unión Soviética que eliminaron de raíz, por lo menos temporalmente, cualquier intento de plantear fórmulas de desarrollo diferentes a lo que se suman la actividad de los actores, organizaciones e instituciones internacionales que ha contribuido a una mayor convergencia de los anteriores disímiles modelos de desarrollo en torno a un arquetipo básico de acumulación y desarrollo que fortalece las tendencias globalizadoras de la economía y la política (corta duración).

De la interrelación que se produce entre estos elementos se desprende una relación dialéctica en la cual los factores estructurales han condicionado los elementos coyunturales y los acontecimientos en condiciones en que estos últimos han contribuido al fortalecimiento de las tendencias nuevas del capitalismo y del sistema internacional. La globalización, por lo tanto, no es un fenómeno totalmente nuevo; se inscribe dentro, de una continuidad histórica de desarrollo del capitalismo, aún cuando algunas situaciones le hayan impreso una aceleración y reorientación del proceso.

Pero, como nos lo sugiere el historiador galo, si concebimos la globalización como un proceso que abarca la totalidad social y no lo reducimos simplemente a una manifestación del mismo, debemos inferir que la globalización, si bien se inscribe dentro de una

continuidad histórica del desarrollo del capitalismo, representa también una mutación, una transformación radical, por cuanto lo económico se ha desenclavado de lo social, lo político y lo cultural. Lo específico de la globalización es que, a diferencia de los anteriores procesos de internacionalización, entendida como mayor cobertura de las actividades en cuanto a su extensión geográfica, el fenómeno actual ha intensificado la internacionalización, influye en la casi totalidad de las actividades humanas e implica una determinada integración funcional de actividades anteriormente dispersas (Ortíz, 1996:27).

Parafraseando a Ferdinand Braudel, podríamos decir que la globalización es el resultado de una relación dialéctica vertical que vincula las tendencias estructurales y los acontecimientos. El mundo de posguerra fría es tributario de este doble condicionamiento. Si bien los factores estructurales permitieron el desarrollo de determinados acontecimientos, como fue la caída del muro de Berlín, estos últimos le imprimieron características particulares al cambio estructural en ciernes en la coyuntura que se inauguró a mediados de la década de los setenta. En tal sentido, al enfocar la globalización como un proceso histórico, dejamos de percibirla como un sistema nuevo porque este para funcionar requeriría un concatenamiento tal de todos sus engranajes que el movimiento de cada una de sus partes fuera coordinado únicamente por el conjunto.

hfazio@zeus.uniandes.edu.co

Bibliografía

- Adda, Jacques (1997), *La mondialisation de l'économie*, París: La Découverte.
- Amin, Samir y González Casanova, Pablo (Coord.) (1993), *Mondialisation et accumulation*, París: L'Harmattan.
- Anderson, Perry (1986), *El Estado Absolutista*, México: Siglo XXI.
- Boyer, Robert (1997), "Les mots et les réalités", en *Mondialisation au-delà des mythes*, París, La Découverte.
- (1995), "La théorie de la régulation dans les années 1990", en *Actuel, Marx*, núm. 17, París, primer semestre.
- Braudel, F. (1966), *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, Armand Colin.
- (1985), *La dynamique du capitalisme*, París: Flammarion.
- Cohen, Élie, (1996), *La tentation hexagonale. La souveraineté à l'épreuve de la mondialisation*, París: Fayard.
- De Santos, Boaventura (1998), *La globalización del derecho*, Santafé de Bogotá: ILSA y Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Colombia.

- Fazio, Hugo (1992), *La Unión Soviética: de la Perestroika a la disolución*, Santafé de Bogotá: Ediciones Uniandes y Ecoe Ediciones.
- Giddens, Anthony (1994), *Les conséquences de la modernité*, París: L'Harmattan.
- Gill, Stephen (1997), "Globalization, democratization and the politics of indifference", en *Globalization: critical reflexions*, James H. Mittelman, Boulder, Lynne Rienner.
- Harvey, David (1990), *The Condition of Postmodernity*, Cambridge: Basil Blackwell.
- Helleiner, Eric (1997), "Braudelian reflections on economic globalisation: the historian as pionner", en *Innovation and transformation in international studies*, Stephen Gill y James Mittelman, editores, Londres, Cambridge University Press.
- Hirst and Thompson (1996), *Globalisation in question*, Cambridge: Polity press.
- Ianni, Octavio (1996), *Teorías de la globalización*, México: Siglo XXI.
- Laïdi, Zaki, (Coord.) (1993), *L'ordre mondiale relâché*, París: Presses universitaires de France.
- (1997), *Le Temps mondial*, Bruselas: Éditions Complexe.
- (1998), *Malaise dans la mondialisation*, París: Textuel.
- Marx, Carlos (1985), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, México: 1857-1858, 3 vol., Siglo XXI.
- Montanari, Germiniano (1680) "Trattado mercantili, Della moneta", en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, México: 1857-1858, 3 vol., Siglo XXI.
- Mattelart, Armand (1997), "La nouvelle ideologie globalitaire", en *Mondialisation au-dela des mythes*, varios autores, París, La Découverte.
- (1997b), *La mondialisation de la communication*, París: PUF.
- Mounier, Alain (1996), "La clause sociale dans la mondialisation de l'économie", en *Revue Tiers Monde*, t. XXXVII núm. 148, octubre-diciembre.
- Nogueira Batista, Jr Paulo (1997), "O círculo de giz da globalização", en *Novos Estudos*, noviembre.
- Ortiz, Renato (1996), *La Globalización de la cultura*, Buenos Aires: Alianza.
- Peemans, Jean Philippe (1997), "Globalización y desarrollo: algunas perspectivas, reflexiones y preguntas", en *El nuevo orden global: dimensiones y perspectivas*, varios autores, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia y Universidad Católica de Lovaina.
- (1996), "L'utopie globalitaire", en *Nouveaux Cahiers de l'IUED* núm. 5, Ginebra.
- Rodrik Dani (1997), *Has globalization gone too far ?*, Washington: Institute for International Economics.
- (1997b), "Sense and nonsense in the globalization debate", en *Foreign Policy*, núm. 107 verano.
- Sassen, Saskia (1996), *La ville globale*, París: Descartes & Cie.
- Sideri, Sandro (1997), "Globalisation and regional integration", en *The European Journal of Development Research* vol. 9 núm. 1, Londres, junio.
- Slater, David (1995), "Challenging western vision of global: the geopolitics of theory and North-South relations", en *The European Journal of Development Research* vol. 7 núm. 2, Londres, diciembre.
- Strange, Susan (1996), *The retreat of the Stat. The difussion of power in the world economy*, Gran Bretaña, Cambridge University Press.
- The Economist (1995a), "A survey of the world economy. Who's in the driving seat ?", 7 de octubre.

The Economist (1995b), 24 de junio.

Thompson, John B. (1995), *The media and modernity. A social theory of the media*, Cambridge: Polity Press.

Tomassini, Luciano (1996), "El proceso de globalización y sus impactos socio-políticos", en *Estudios Internacionales*, año XXIX, núm. 115, Santiago, julio - septiembre.

Vernières, Michel (1991), *Économie des Tiers-Mondes*, París: Economica.

Walters, Malcolm (1996), *Globalization*, Nueva York: Routledge.

Zaki, Laïdi (Coord.) (1993), *L'ordre mondiale relâché*, París: Presses universitaires de France.